

MARGARET WEIS · TRACY HICKMAN

# El nombre del Único



LA GUERRA DE LOS ESPÍRITUS · VOLUMEN 3  
minotauro



EL NOMBRE  
DEL ÚNICO

LA GUERRA DE LOS ESPÍRITUS III

MARGARET WEIS  
Y TRACY HICKMAN

minotauro

*La guerra de los espíritus nº 03/03 El nombre del Único*

© 2002 Wizards of the Coast LLC.

© 2024 Wizards of the Coast LLC. All Rights Reserved. Licensed by Hasbro.  
Originally published as *Dragons of a Vanished Moon. The War of the Souls. Volume III.*

Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos, Dragonlance, and the dragon ampersand are registered trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Mila López  
Rediseño de cubierta: Coverkitchen  
Imagen de cubierta: Matt Stawicki

ISBN: 978-84-450-1148-5

Depósito legal: B. 4.244-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,  
Asia, Pacific & Latin America:  
Wizards of the Coast, Inc. Way  
P.O. Box 707  
Renton, WA 98057-0707  
+1-800-324-6496



European Headquarters:  
Hasbro UK Ltd Newport,  
Gwent NP9 0YH GREAT  
BRITAIN

Visit our web site at [www.wizards.com](http://www.wizards.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

## ALMAS PERDIDAS

En las mazmorras de la Torre de la Alta Hechicería, que otrora estuvo en Palanthas pero que actualmente se halla ubicada en Foscaterra, el gran archimago Raistlin Majere había conjurado un estanque mágico en la Cámara de la Visión, creada por él. Al mirar ese estanque, podía seguir la marcha de los acontecimientos que tenían lugar en el mundo y, en ocasiones, determinar su curso. Aunque Raistlin Majere llevaba muerto muchos años, su estanque mágico en la Cámara de la Visión seguía funcionando. El hechicero Dalamar, que había heredado la Torre de su *shalafi*, mantenía viva la magia del estanque. Un auténtico prisionero en la Torre, que era una isla en el río de los muertos, Dalamar había utilizado el estanque a menudo para visitar con la mente aquellos lugares a los que no podía ir físicamente.

Palin Majere se encontraba ahora al borde del estanque, contemplando fijamente la estática llama azul que ardía en el centro de la superficie calma del agua y que era la única fuente de luz de la cámara. Dalamar estaba a su lado, cerca, también con la mirada prendida en la llama inmutable. Aunque los hechiceros habrían podido contemplar acontecimientos que tenían lugar en cualquier parte del mundo, observaban atentamente lo que estaba ocurriendo muy próximo a ellos, algo que pasaba en lo alto de la propia Torre en la que se encontraban.

Goldmoon, de la Ciudadela de la Luz, y Mina, Señora de la Noche, cabecilla de los Caballeros de Neraka, iban a reunirse en el laboratorio que antaño perteneciera a Raistlin Majere. Goldmoon ya había llegado al extraño lugar de encuentro. El laboratorio estaba frío y oscuro, envuelto

en sombras. Dalamar le había dejado una linterna, pero su luz era débil y sólo servía para poner de relieve aquella oscuridad que nunca podría alumbrarse realmente, ni aunque se encendieran todas las velas y linternas de Krynn. La oscuridad, que era el alma de la temible Torre tenía el corazón allí, en esa estancia que en el pasado había sido escenario de muerte, dolor y sufrimiento.

Allí, Raistlin Majere había intentado emular a los dioses y crear vida, aunque había fracasado absolutamente, trayendo al mundo unos seres deformes, grotescos y patéticos, conocidos como los Engendros Vivientes, los cuales habían llevado una existencia desdichada en la Cámara de la Visión, donde se encontraban ahora los dos magos. La Señora del Dragón, Kitiara, había perdido la vida en el laboratorio, siendo su muerte tan brutal y sangrienta como lo había sido su vida. Allí estaba el Portal al Abismo, una conexión entre el reino de los mortales y el reino de los muertos, una conexión que se había cortado hacía mucho tiempo y que ahora sólo era el hogar de ratones y arañas.

Goldmoon conocía la terrible historia de esa estancia, y debía de estar cavilando sobre ella en ese momento, pensó Palin, que contemplaba su imagen titilante en la superficie del estanque. La mujer se envolvía con los brazos; temblaba, pero no de frío, sino de miedo. Palin se preocupó. No recordaba haber visto a Goldmoon asustada en todos los años que la conocía.

Quizá se debía al extraño cuerpo en el que se alojaba el espíritu de la mujer. Goldmoon tenía más de noventa años, y su verdadero cuerpo era el de una mujer anciana, todavía vigoroso, todavía fuerte para sus años, pero con la piel marcada por el paso del tiempo, algo cargada de espaldas, los dedos nudosos pero de tacto suave. Se había sentido cómoda con aquel cuerpo; nunca había temido ni lamentado el paso de los años que le habían traído el gozo del amor y el nacimiento, la pena del amor y la muerte. Aquel cuerpo le había sido arrebatado la noche de la gran tormenta y se le había dado otro, un cuerpo extraño, uno que era joven y hermoso, saludable y brioso. Únicamente los ojos eran los de la mujer que Palin había conocido toda su vida.

«Tiene razón —pensó—, ese cuerpo no le pertenece. Es un ropaje de gala prestado, una vestidura que no encaja.»

—Debería estar con ella —musitó. Rebulló, se movió y empezó a caminar con aire desasosegado por el borde del agua. La Cámara era de piedra y estaba oscura y fría, con la única iluminación de la estática llama que ardía en el corazón de negro estanque, que proporcionaba escasa luz y ningún calor—. Goldmoon parece fuerte, pero no lo es. Su cuerpo será el de una persona de veintitantos años, pero su corazón es el de una mujer cuya vida abarca nueve décadas. La impresión de ver a Mina de nuevo, sobre todo como es ahora, podría matarla.

—En tal caso, la impresión de verte decapitado por los caballeros negros a buen seguro tampoco le reportaría ningún bien —repuso mordazmente Dalamar—. Y eso sería lo que vería si subieses ahora allí. La Torre está rodeada por soldados. Debe de haber al menos treinta ahí fuera.

—No creo que me mataran —repuso Palin.

—¿No? ¿Y qué harían? ¿Decirte que te pusieras en un rincón, de cara a la pared, y que pensaras qué niño más malo habías sido? —se mofó el elfo.

»Hablando de rincones —añadió de repente, alterada la voz—. ¿Has visto eso?

—¿El qué? —Palin giró bruscamente la cabeza y miró a su alrededor, alarmado.

—¡Aquí no! ¡Allí! —Dalamar señaló el estanque—. Un destello en los ojos de los dragones que guardan el Portal.

—Lo único que veo es polvo —dijo Palin al cabo de un momento, tras observar atentamente—, y telarañas y heces de ratones. Son imaginaciones tuyas.

—¿Lo son? —instó Dalamar. Su tono sarcástico se había suavizado y era inusitadamente sombrío—. Me pregunto...

—¿Qué te preguntas?

—Muchas cosas —contestó Dalamar.

Palin miró atentamente al elfo, pero los oscuros ojos de aquel rostro demacrado no dejaban traslucir sus pensamientos. Envuelto en los negros ropajes, Dalamar se confundía con la oscuridad de la Cámara. Sólo se distinguían sus manos, de delicados dedos, y daba la impresión de que no

estaban unidas a un cuerpo. El longevo elfo se encontraba supuestamente en la flor de la vida, pero su figura desgastada, consumida por la fiebre de la ambición frustrada, podría pasar por la de una persona mayor de su raza.

«No debería criticarle. ¿Qué ve él cuando me mira? —se preguntó Palin—. Un hombre de mediana edad, estropeado. Tengo el rostro macilento, ajado, y el cabello canoso y ralo. Mis ojos son los de un hombre amargado que no ha encontrado lo que se le prometió.

»Estoy en la vanguardia de la magia maravillosa creada por mi tío, y ¿qué he hecho, salvo decepcionar a todos los que esperaban algo de mí, incluido yo mismo? Goldmoon sólo es la más reciente. Debería estar con ella. Un héroe como mi padre estaría con ella, sin importarle que eso significara sacrificar su libertad e incluso su vida. Y, sin embargo, aquí sigo, escondido en el sótano de esta torre.»

—Estate quieto, ¿quieres? —instó Dalamar, irritado—. Resbalarás y te caerás en el estanque. Mira eso. —Señaló el agua, excitado—. Mina ha llegado. —Dalamar se frotó las manos—. Ahora nos enteraremos de algo provechoso.

Palin se detuvo al borde del estanque, indeciso. Si partía de inmediato, recorriendo los caminos de la magia, podría llegar junto a Goldmoon a tiempo de protegerla. Sin embargo, no fue capaz de apartarse del estanque y contempló fijamente el agua, presa de una terrible fascinación.

—No veo nada en esta oscuridad de hechiceros —estaba diciendo Mina en voz alta—. Necesitamos más luz.

La luz aumentó en el laboratorio, tanto que deslumbró los ojos acostumbrados a la oscuridad.

—Ignoraba que Mina fuera hechicera —comentó Palin al tiempo que se protegía los ojos con la mano.

—No lo es —repuso Dalamar en tono cortante mientras miraba de forma rara al otro mago—. ¿No te sugiere nada eso?

Palin pasó por alto la pregunta y se concentró en la conversación.

—Estás... estás bellísima, madre —dijo Mina en voz queda, sobre-cogida—. Exactamente como te había imaginado.

La muchacha se puso de rodillas y extendió los brazos.

—Ven y bésame, madre —pidió mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas—. Bésame como solías hacer, porque soy Mina. Tu Mina.

—Y lo fue durante muchos años —musitó Palin, que miraba a Goldmoon con pesadumbre y preocupación viéndola avanzar, vacilante, para estrechar a la hija contra sí—. Goldmoon encontró a Mina en la playa, al parecer superviviente de un terrible naufragio, aunque no se descubrieron restos del barco ni cadáveres ni más supervivientes. La llevaron al orfanato de la Ciudadela. Inteligente, audaz, intrépida, Mina los conquistó a todos, incluida Goldmoon, que le tomó gran cariño. Y entonces, un día, con catorce años, Mina se fugó. La buscamos, pero no hallamos rastro de ella. Nadie entendía por qué se había ido, ya que parecía muy feliz allí. A Goldmoon se le partió el alma de pena.

—Claro, Goldmoon la encontró —dijo Dalamar—. Se suponía que tenía que ser ella.

—¿Qué quieres decir? —Palin miró intensamente a Dalamar, pero la expresión del elfo oscuro era enigmática. Éste se encogió de hombros y sin pronunciar palabra señaló el oscuro estanque.

—¡Mina! —susurró Goldmoon mientras mecía a su hija adoptiva—. Mina, pequeña... ¿Por qué nos dejaste si todos te queríamos tanto?

—Me marché por amor a ti, madre, para buscar lo que ansiabas tan desesperadamente.

»Amadísima madre. —Mina tomó en las suyas las manos de Goldmoon y se las llevó a los labios—. Todo lo que soy, todo lo que he hecho, lo he hecho por ti.

—No... no lo entiendo, pequeña —balbució la mujer—. Llevas el símbolo del Mal, de la oscuridad... ¿Adónde fuiste? ¿Dónde has estado? ¿Qué te ha ocurrido?

Mina soltó una risa.

—¿Te acuerdas, madre, de las historias que solías contarme? ¿Aquella sobre cómo entraste en la oscuridad para buscar a los dioses? ¿Y que los encontraste y devolviste la fe en los dioses a la humanidad?

—Sí —contestó Goldmoon.

Se había puesto tan pálida que Palin decidió ir con ella a costa de lo que fuera, y empezó a entonar palabras de magia. Salieron de su boca, pero



no las que habían cobrado forma en su cerebro, que eran equilibradas, suaves, fluidas. Las palabras que pronunció sonaron duras, contundentes, como bloques de piedra cayendo al suelo.

Furioso consigo mismo, se calló y se obligó a calmarse y a intentarlo de nuevo. Sabía el hechizo, habría podido pronunciarlo al revés. Y eso era lo que parecía que había hecho, ya que no tenía ningún sentido.

—¡Eres tú el que me hace esto! —instó Palin en tono acusador.

—¿Yo? —Dalamar parecía divertido. Agitó la mano—. Ve con Goldmoon si quieres. Muere con ella, si así lo deseas. Yo no pienso impedirte.

—Entonces, ¿quién es? ¿Ese dios Único?

El elfo lo observó en silencio un momento y después se volvió para mirar el estanque, metiendo las manos en las mangas de la túnica.

—No existía el pasado, Majere. Retrocediste en el tiempo pero no existía el pasado.

—Me dijiste que los dioses se habían ido, madre —siguió Mina—. Me dijiste que como los dioses se habían marchado teníamos que depender de nosotros mismos para hallar nuestro camino en el mundo. Pero no creí esa historia, madre.

»Oh, no digo que me mintieses —se apresuró a añadir mientras ponía los dedos sobre los labios de Goldmoon para acallar su protesta—. No creo que me mintieses. Estabas equivocada, eso es todo. Yo sabía que no era así, ¿comprendes? Sabía que existía un dios, porque oí su voz cuando era pequeña y nuestro barco se hundió y me encontré sola en el mar. Me encontraste en la orilla, ¿te acuerdas, madre? Pero nunca supiste por qué aparecí allí, ya que prometí que nunca lo contaría. Los demás se ahogaron, pero yo me salvé. El dios me sostuvo a flote y me cantó cuando tuve miedo de la soledad y la oscuridad.

»Dijiste que no había dioses, madre, pero yo sabía que estabas equivocada. Y por ello hice lo que hice. Salí a buscar al dios para traértelo a ti. Y lo he conseguido, madre. El milagro de la tormenta es obra del Único. Y el milagro de tu juventud y tu belleza es obra del Único, madre.

—¿Lo entiendes ahora, Majere? —preguntó quedamente Dalamar.

—Creo que empiezo a entenderlo —repuso Palin. Tenía fuertemente apretadas sus manos tullidas. Hacía frío en la Cámara, y los huesos le dolían con el frío y la humedad—. Añadiría «que los dioses nos valgan», pero estaría fuera de lugar.

—¡Chist! —instó el elfo—. No puedo oír lo que dice.

—¿Pediste esto? —demandó Goldmoon al tiempo que señalaba su cuerpo cambiado—. Ésta no soy yo. Es la visión que tú tienes de mí...

—¿No estás contenta? —siguió Mina sin prestar atención a sus palabras, o sin querer oírlas—. ¡Tengo tanto que contarte que te complacerá! He traído de nuevo al mundo el milagro de la curación gracias al poder del Único. Con su intervención derribé el escudo que los elfos habían levantado sobre Silvanesti y maté al traicionero dragón, Cyan Bloodbane. Otro reptil monstruoso, la hembra Verde Beryl, ha muerto gracias al poder del Único. Las dos naciones elfas, que eran corruptas e infieles, han sido destruidas y sus gentes han muerto.

—¡Las naciones elfas destruidas! —exclamó con voz ahogada Dalamar, en cuyos ojos asomó una ardiente mirada—. ¡Miente! ¡No lo dice en serio!

—Quizá suene extraño, pero dudo que Mina sepa mentir —comentó Palin.

—Los elfos encontrarán la redención en la muerte —proclamó la joven—. La muerte los conducirá al Único.

—Veo sangre en estas manos —musitó Goldmoon con voz temblorosa—. ¡La sangre de millares de seres! Ese dios que has encontrado es un dios terrible. ¡Un dios de oscuridad y de maldad!

—El Único me advirtió que reaccionarías así, madre. Cuando los otros dioses se marcharon y pensaste que la humanidad se había quedado sola, te enfadaste y te asustaste. Te sentiste traicionada, algo totalmente lógico porque habías sido traicionada. Los dioses en los que habías puesto tu fe tan equivocadamente huyeron asustados...

—¡No! —gritó Goldmoon. Tambaleante, se puso de pie y se apartó de la joven, con la mano levantada en un gesto de rechazo—. No, pequeña, no lo creo. No quiero escuchar nada más.

Mina la agarró de la mano.

—Tienes que escucharme, madre. Debes hacerlo para que puedas entenderlo. Los dioses huyeron por miedo a Caos. Todos excepto uno. Uno se quedó, leal a las criaturas que había ayudado a crear. Sólo uno tuvo el valor de afrontar el horror del Padre de Todo y de Nada. La batalla lo dejó debilitado. Demasiado para manifestar su presencia en el mundo. Demasiado para luchar contra los extraños dragones que aparecieron para ocupar su lugar. Pero aunque no podía estar con sus criaturas, les otorgó dones para ayudarlas. La magia que llaman magia primigenia. El poder de curación que conocéis como el poder del corazón... Todos esos dones son regalos suyos. Regalos para ti.

—Si los otorgó, ¿por qué tienen que robarlos los muertos para ella? —se preguntó quedamente Dalamar—. ¡Mira! ¡Mira eso! —El elfo señalaba el estanque.

—Ya lo veo —repuso Palin.

Las cabezas de los cinco dragones que guardaban lo que fuera antaño el Portal al Abismo empezaban a brillar con un resplandor espeluznante, una roja, una azul, una verde, una blanca, una negra.

—Qué necios hemos sido —rezongó Palin.

—Arrodíllate y ofrece tus plegarias de fe y de gracias al dios Único —ordenó Mina a Goldmoon—. A la única deidad que permaneció leal a su creación.

—¡No! ¡No creo lo que me dices! —gritó Goldmoon, incorporándose rápidamente—. Has sido víctima de un engaño, pequeña. Conozco a esa deidad única. La conozco desde hace mucho tiempo. Conozco sus trucos, sus mentiras y sus argucias. —Volvió la vista hacia las cinco cabezas de dragón—. ¡No creo tus mentiras, Takhisis! —gritó, desafiante—. Jamás creeré que el bendito Paladine y la bendita Mishakal nos dejaran a tu merced!

—No se marcharon, ¿verdad? —dijo Palin.

—No, no lo hicieron —contestó Dalamar.

—Eres lo que siempre has sido —siguió Goldmoon—. ¡Una diosa del Mal que no quiere fieles, sino esclavos! ¡Jamás me inclinaré ante ti! ¡Jamás te serviré!

De los ojos de las cinco cabezas de dragón irradió fuego, un fuego al rojo vivo, y Palin contempló con horror cómo el cuerpo de Goldmoon empezaba a retorcerse y a arrugarse bajo el abrasador calor.

—Demasiado tarde —dijo Dalamar con una espantosa calma—. Demasiado tarde. Para ella y para nosotros. No tardarán en venir a buscarnos.

—Ésta Cámara está oculta... —empezó Palin.

—¿Para Takhisis? —Dalamar soltó una risa desganada—. Conocía la existencia de la Cámara mucho antes de que tu tío me la enseñara. ¿Cómo puede haber nada oculto para «el Único»? ¿El Único que escamoteó Krynn!

—Como dije antes, qué necios hemos sido —masculló Palin.

—Tú mismo descubriste la verdad, Majere. Utilizaste el ingenio para viajar en el tiempo y regresaste al pasado de Krynn, aunque sólo pudiste retroceder al momento en que Caos fue derrotado. Anterior a eso no existía nada. ¿Por qué? Porque en ese punto, Takhisis robó el pasado, el presente y el futuro. Robó el mundo. Ahí estaban las claves si hubiésemos tenido el sentido común suficiente de verlas e interpretarlas.

—De modo que el futuro que Tasslehoff vio...

—Nunca pasará. Saltó hacia el futuro que se suponía habría de devenir, y apareció en el que está sucediendo ahora. Examina los hechos: un sol de aspecto extraño en el cielo; una luna en lugar de tres; la agrupación de las constelaciones difiere enormemente; una estrella roja, antes inexistente, brilla en el firmamento; dragones extraños aparecen de la nada. Takhisis trajo el mundo aquí, a esta parte del universo, sea donde sea. De ahí el sol extraño, una sola luna, los dragones desconocidos, la única y todopoderosa deidad sin nadie que la detenga.

—Excepto Tasslehoff —dijo Palin, pensando en el kender escondido en la estancia superior.

—¡Bah! —El elfo resopló—. Seguramente ya lo han descubierto, a estas alturas. A él y al gnomo. Cuando los encuentren, Takhisis hará lo que nosotros planeábamos hacer con él: lo enviará de regreso al pasado para que muera.

Palin echó una ojeada a la puerta. De arriba, en algún lugar de la Torre, se oyeron órdenes y el ruido de pisadas que corrían para cumplirlas.

—El hecho de que Tasslehoff esté aquí es prueba suficiente para mí de que la Reina Oscura no es infalible —adujo—. No pudo prever su llegada.

—Aférrate a eso si te hace feliz —replicó Dalamar—. Yo no veo esperanza en nada de esto. Contempla la evidencia del poder de la Reina Oscura.

Siguieron observando los reflejos del tiempo en el oscuro estanque. La mujer de más edad yacía en el suelo del laboratorio, el blanco cabello desparramado alrededor de los hombros. La juventud, la belleza, la energía, la vida, le habían sido arrebatadas por la vengativa diosa, en su ira por ver desdeñados sus generosos dones.

Mina estaba arrodillada al lado de la moribunda Goldmoon. Le asió las manos y las apretó contra sus labios.

—Por favor, madre, puedo devolverte la juventud, puedo devolverte tu belleza. Puedes empezar una nueva vida. Caminarás a mi lado, y juntas gobernaremos el mundo en nombre del Único. Lo único que tienes que hacer es acercarte al Único con humildad y pedir su favor, y se te concederá.

Goldmoon cerró los ojos. Sus labios no se movieron. Mina se acercó más a ella.

—Madre —suplicó—. Madre, hazlo por mí, si no quieres hacerlo por ti misma. ¡Hazlo por amor a mí!

—Pido... —empezó la mujer en voz tan baja que Palin Majere contuvo la respiración para oírla—. Pido perdón a Paladine y a Mishakal por mi falta de fe. Debí darme cuenta de la verdad —musitó Goldmoon, la voz más débil por momentos, pronunciando las palabras con el último aliento que le quedaba—. Ruego... Ruego porque Paladine oiga mi súplica, y acudirá... por amor a Mina... Por amor a todos...

Goldmoon quedó inerte en el suelo, muerta.

—Madre —gimió Mina, tan angustiada como un niño perdido—. Lo hice por ti...

Palin sintió el ardor de las lágrimas en los ojos, pero no sabía bien si lloraba por Goldmoon, que había llevado la luz al mundo, o por la muchacha huérfana, cuyo amante corazón había caído en la trampa del engaño tendida por la oscuridad.

—Que Paladine oiga su última plegaria —musitó quedamente el mago.

—Que me sean dadas alas de murciélago para revolotear por esta Cámara —replicó Dalamar—. Su alma ha ido a unirse al río de los muertos, y presumo que las nuestras no tardarán en seguirla.

El ruido de pisadas resonó escaleras abajo, acompañado por el golpeo de las espadas contra las paredes de piedra. Las pisadas se detuvieron delante de la puerta.

—Supongo que nadie ha encontrado una llave, ¿verdad? —inquirió una voz profunda y retumbante.

—Esto no me gusta, Galdar —dijo otra—. Éste sitio apesta a muerte y a magia. Salgamos de aquí.

Hubo un momento de silencio, y a continuación la primera voz volvió a hablar con firmeza.

—Mina nos dio órdenes. Echaremos la puerta abajo.

Empezaron a llover golpes sobre la hoja de madera. Los caballeros arremetían con los puños y las empuñaduras de las espadas, pero se advertía su falta de entusiasmo.

—¿Cuánto tiempo aguantará el conjuro de protección? —preguntó Palin.

—Indefinidamente contra esa pandilla —aseguró Dalamar en tono desdeñoso—. Contra su Oscura Majestad, nada.

—Te tomas esto con mucha calma —comentó el otro mago—. Tal vez la noticia del regreso de Takhisis no te entristece demasiado.

—En todo caso sería la noticia de que nunca se marchó —lo corrigió el elfo con fina ironía.

—Llevas la Túnica Negra. —Palin hizo un gesto impaciente—. La servías...

—No, no es cierto —dijo Dalamar en voz tan baja que el otro mago apenas lo oyó a causa del golpeo y los gritos y el jaleo en la puerta—. Servía al hijo, Nuitari, no a la madre. Ella nunca me lo perdonará.

—Aun así, si lo que dice Mina es cierto, Takhisis nos dio a ambos la magia, a mí la magia primigenia, y a ti la de los muertos. ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Para mofarse de nosotros. Para reírse, como sin duda se estará riendo ahora.

De repente cesaron los golpes contra la puerta, y fuera se hizo el silencio. Por un instante, lleno de esperanza, Palin pensó que quizá se habían marchado tras darse por vencidos. Entonces se escuchó un sonido apagado, como de pies apartándose rápidamente para abrir paso a alguien.

Se oyeron pasos, más livianos que los de antes, y una voz llamó. Sonaba entrecortada, como ahogada en lágrimas.

—Me dirijo al hechicero Dalamar —instó Mina—. Sé que estás ahí dentro. Retira la salvaguardia mágica que has puesto en la puerta para que nos reunamos y hablemos de asuntos de interés mutuo.

Los labios de Dalamar se curvaron ligeramente. No contestó, y se mantuvo en silencio, impenetrable.

—El Único te ha otorgado muchos dones, Dalamar, te hizo poderoso, más que nunca —continuó Mina tras una pausa para escuchar una respuesta que no llegó—. Ella no pide agradecimiento, sólo que la sirvas con todo tu corazón y toda tu alma. La magia de los muertos será tuya. Millones de almas vendrán ante ti a diario para hacer lo que les mandes. Quedarás libre de esta Torre, libre para recorrer el mundo. Puedes volver a tu patria, a los bosques que amas y que tanto añoras. Los elfos están perdidos, buscando. Te tomarán como su líder, se inclinarán ante ti y te venerarán en mi nombre.

Dalamar cerró los ojos como si lo atenazara un dolor.

Palin comprendió que le acababan de ofrecer su más caro deseo. ¿Cómo rechazar tal cosa?

Sin embargo, Dalamar siguió sin contestar.

—Ahora me dirijo a ti, Palin Majere —dijo Mina, y al mago le pareció que podía ver los ojos color ámbar brillando a través de la puerta protegida con magia—. Tu tío, Raistlin Majere, tuvo la fuerza y el coraje de desafiar al Único en batalla. Y tú, su sobrino, ¿qué haces escondiéndote del Único como un niño que tiene miedo al castigo? ¿Qué gran decepción has sido! Para tu tío, para tu familia, para ti mismo. Ella ve tu corazón, el hambre que anida en él. Sírvela, Majere, y serás más grande que tu tío, más venerado, más reverenciado. ¿Aceptas, Majere?

—Si hubieses venido antes a mí, Mina, tal vez te habría creído —respondió Palin—. Sabes cómo hablar a la parte oscura del alma. Pero el

momento ha pasado. Mi tío, se encuentre donde se encuentre su espíritu, no se avergüenza de mí. Mi familia me ama, aunque yo haya hecho muy poco para merecerlo. Doy las gracias a esa deidad tuya por abrirme los ojos, por hacerme ver que, aunque sea lo único bueno que he hecho en esta vida, he amado y he sido amado. Y eso es lo único realmente importante.

—Un sentimentalismo ridículo, Majere —repuso Mina—. Lo escribiré sobre tu tumba. ¿Y tú que dices, elfo oscuro? ¿Has tomado una decisión? Espero que no seas tan estúpido como tu amigo.

Por fin habló Dalamar, pero no dirigiéndose a Mina, sino mirando la llama azul que ardía en el centro del estanque de agua oscura.

—He contemplado el cielo nocturno y he visto la luna negra, y me ha emocionado saber que mis ojos eran unos de los pocos que podían vislumbrarla. He oído la voz del dios Nuitari y me he deleitado con su bendito contacto mientras lanzaba mis hechizos. Hace mucho tiempo, la magia latía, bullía y chispeaba en mi sangre. Ahora sale arrastrándose de mis dedos como gusanos emergiendo de un cadáver descompuesto. Prefiero ser ese cadáver que esclavo de quien teme tanto a los vivos que sólo puede confiar en servidores muertos.

La palma de una mano golpeó la puerta, y ésta y la salvaguardia que la protegía se hicieron añicos.

Mina entró en la Cámara. Sola. El chorro de llamas que ardía en el estanque brilló en su negra armadura, ardió en su corazón y en sus ojos ambarinos. Arrancó destellos en el cabello rojo y casi rapado. La joven irradiaba poder y majestad, pero Palin advirtió que sus ojos estaban enrojecidos e hinchados, que las lágrimas de pesar por la muerte de Goldmoon habían dejado sucios surcos en su cara. Palin comprendió entonces la profundidad de la perfidia de la Reina Oscura, y nunca odió tanto a Takhisis como en ese momento. No por lo que le hubiera hecho o estuviera a punto de hacerle a él, sino por lo que le había hecho a Mina y a otros muchos inocentes como ella.

Temerosos de los poderosos hechiceros, los caballeros de Mina se habían quedado rezagados en la umbrosa escalera. La voz de Dalamar entonó un cántico, pero las palabras sonaron farfulladas, sin fluidez, y su voz fue perdiendo fuerza hasta apagarse por completo. Palin intentó



desesperadamente invocar la magia, pero el conjuro se disolvió en sus manos, escapó entre sus dedos como los granos de arena de un reloj roto.

—No sois nada sin la magia. Miraos. —Mina les dirigió una sonrisa desdenosa—. Sois dos patéticos viejos, acabados y desvalidos. Postraos ante ella. ¡Rogadle que os devuelva la magia! Atenderá vuestras súplicas.

Ninguno de los dos hechiceros se movió ni habló.

—Sea —dijo Mina.

Alzó la mano y unas llamas surgieron de las puntas de los dedos. El fuego verde, azul y rojo, blanco, y el negro rojizo de unas ascuas, iluminó la Cámara de la Visión. Las llamas se fundieron para formar dos lanzas forjadas con la magia. La primera la arrojó contra Dalamar.

La lanza se hundió en el pecho del elfo y lo clavó contra la pared de la Cámara. Durante un momento quedó empalado en la abrasadora asta mientras su cuerpo se consumía. Después, la cabeza cayó sobre el torso y el elfo colgó inerte.

Mina hizo una pausa sin soltar la otra lanza y miró a Palin.

—Suplica —le dijo—. Pídele que te perdone la vida.

Palin apretó los labios. Experimentó un instante de terror y después el dolor atravesó su cuerpo. Era un dolor tan espantoso, tan intenso, que llevaba en sí mismo una bendición. Hizo que su último pensamiento fuera un deseo vehemente de que la muerte llegara.